

NOTAS NOTAS

JAUREGUI, Julio. - *Las Bodas de Oro*. - Cuento. Maracaibo. Universidad del Zulia, Facultad de Humanidades y Educación. 1969. 17 pp. 2 (Arte y Letras, XXXIX).

Alguien, un hombre a todas luces anciano, sale de la cárcel. Sale de un espacio cerrado donde el tiempo ha transcurrido impasible. El primer símbolo que se nos hace presente a los lectores es la puerta que da a la calle, la frontera entre dos espacios: uno de encierro y otro de libertad.

Es lo primero que intuimos después de haber leído este cuento que ha sido ganador de una mención en el VII Concurso de Cuento, Ensayo, Poesía y Teatro promovido por la Escuela de Letras de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad del Zulia.

Afuera el tiempo no ha transcurrido y el que sale, se narra en primera persona, siente dentro de sí un vuelco que lo conduce, a través del recuerdo, hacia atrás. Es un retroceder en el tiempo.

“Una gran bofetada de aire fresco me recibe en la calle. Sólo alcanzo a dar un paso, anclado, como un niño estupefacto que descubre que las paredes son siempre grises”.

Lo más importante del cuento es su característica psicológica: la de encontrar la vida que se vive a través de otras vidas. Hay la sensación siempre doble en el que está narrando. La sensación de encierro dada por los

espacios interiores es propicia a las especulaciones. Veamos algunas: El escritor, Julio Jáuregui, escribe en la más íntima soledad, necesita de ella para la creación, los espacios restringidos siempre lo ahogan (“Luego fue la escuela... Después fue la mujer”) y la mujer entendida, vista como un ser que coarta la libertad del hombre. Pero no nos arriesguemos. Olvidemos las especulaciones .

El hombre que ha salido de prisión camina por las calles y recuerda algún acontecimiento que lo ha marcado: el día de sus bodas de oro. Recuerda a su mujer y de pronto entra a girar otra vida, otras vidas. Otras vidas en otro espacio, otro tiempo y otra realidad dada de hecho por otro lenguaje: el del cine, el de la imagen cinematográfica. Los otros, que viven otra vida distinta del que narra dirigen su vida:

“Una vieja pareja de actores celebra, como nosotros, sus bodas de oro. El cuadrado luminoso irradia un dulce calor hacia la sala silenciosa y oscura. No pierdo ninguna de sus películas...”

En el pasado él, el que narra, la duplicación que narra, ha vivido su vida viéndolos a ellos, a la pareja que vive en ese espacio enmarcado en “el cuadrado luminoso”, como modelos para vivir. La vida, atrás, se ha trasplantado a la pantalla:

“... Aquellos dos seres famosos que tanto deseaba ver personalmente, ahora los tenía pegados de la pantalla... a veces, tengo la impresión de que todos estos años han transcurrido en otra persona...”

NOTAS NOTAS

El que está en la vida ha trasplantado su vida a la pantalla. El de la pantalla, vive un drama amoroso que termina con el asesinato de su amante, de su pareja en el celuloide. Aquí parece acontecer lo mismo. El modelo ha impuesto el asesinato.

Después de haber hecho un recorrido por el recuerdo, el que sale a la libertad retorna al principio. Metodológicamente, si se puede hablar en estos términos para decir del método empleado por el escritor, se ha cerrado el círculo. Un círculo que comenzó en el presente y termina en el presente:

“Nada parece haber cambiado. Algunos me miran con extrañeza. Claro, no es común que un viejo con una maleta raída, se pare en medio de la calle... Por fin, llego a la taquilla del cine. Los afiches han violentado sus colores, pero las fotos son las mismas. El, con su nariz pronunciada

y sus gestos de felino: Encuentro largamente esperado, de dos *viejos cómplices*... (Subrayado nuestro).

El que ha pasado un tiempo en el encierro, por asesinato evidentemente, desea repetir el crimen, verlo. O por lo menos sentir la compañía de su modelo, de su Amadis de Gaula, que lo instó a vivir la vida tal como el modelo impuesto a través del cine. ¿O es que acaso, el que escribió el cuento tiene algún modelo, lo ha tomado conscientemente, inconscientemente, y lo ha seguido en el momento de escribir, tal como sirve el Amadis —por ejemplo— al escritor del Quijote? No sabemos, no aventuramos nada. Apenas si intuimos una sensibilidad camu-ciana, un aire de Camus en el discutir del relato. No afirmamos nada. Pueden ser nuestros fantasmas.

Blas Perozo Naveda.